



cultosa y tan léxos de su tierra, si bien demas del reino de Castilla que pretendian, les ofrecian el de Portugal en dote de la infanta doña Beatriz, que pospuestos los demas conciertos daba su padre intencion de casalla con Duarte, hijo de Emundo, conde de Cantabrigia.

Tratóse, pues, de concierto, en que intervinieron personas principales de las dos naciones, por cuya industria se conformaron en las capitulaciones siguientes: que doña Beatriz de nuevo desposase con el infante D. Fernando, hijo menor del rey de Castilla; pretendian por este camino que el reino de Portugal no se juntase con Castilla, como fuera necesario, si casára con el hijo mayor: que los prisioneros y las galeras que se tomaron en la batalla naval se volviese al de Portugal: demás desto que el rey de Castilla proveyese de armada y de flota, en que los ingleses se volviesen á su tierra. Pudieran parecer pesadas estas capitulaciones al rey de Castilla, que se hallaba muy poderoso y pujante, mas ordinariamente es acertado prevenir los sucesos de la guerra, que pudieran ser muy perjudiciales para España; y no hay alguno tan amigo de pelear que no huelgue más de alcanzar lo que pretende con paz, que por medio de las armas. Por todo esto el de Castilla se inclinó á la paz y aceptar aquellos partidos, y aún entregó al de Portugal en rehenes personas muy principales para seguridad que se cumpliria enteramente lo concertado: con que por entónces se impidió la batalla, y juntamente se dió fin á aquella guerra que menazaba grandes males.

El contento que resultó destas paces se destempló muy en breve por causa de algunas muertes que se siguieron de grandes personajes; tal es nuestra fragilidad. El rey D. Juan se fué al reino de Toledo, y estaba enfermo en Madrid cuando murió en Cuellar, villa de Castilla la Vieja, su mujer la reina doña Leonor, de parto de una hija que vivió pocos dias. El sentimiento y llanto del rey y de todo el reino fué extraordinario, por ser ella un espejo de castidad y santidad. Sepultaron su cuerpo en Toledo, en la capilla de los reyes. Esta muerte dió ocasion al rey de Portugal de tomar nuevo acuerdo y alterar el primer capítulo de los con-

ciertos pasados. El rey de Castilla, aunque tenía dos hijos, quedaba viudo y en la flor de su edad. Envióle embajadores para ofrecerle por mujer á doña Beatriz su hija. Parecióle que con este vínculo se daría mejor asiento á la nueva amistad y á la sucesion del reino de Portugal, que era cosa larga esperar que el infante don Fernando fuese de edad para casarse, y que en el entretanto podian intervenir cosas que impidiesen el casamiento y desbaratasen todas las trazas; concertáronse, pues, fácilmente. Entre las demas capitulaciones fué una que por muerte del rey D. Fernando gobernase á Portugal la reina viuda hasta tanto que la infanta tuviese hijo de edad competente. Señalóse para las bodas la ciudad de Yelves, en que poco ántes se dió asiento en la paz.

Esto pasaba en España al remate del año. En el mismo tiempo, en el Ática, tenían sus reencuentros de armas los navarros y aragoneses sobre el principado de Aténas y de Neopatria. Philipe Dalmao, vizconde de Rocaberti, general de la armada aragonesa, allanó aquel estado al rey, ca mató y echó fuera de aquellas tierras toda la gente de guarnicion de los navarros, y dejó en ella, con suficiente presidio, á Roman de Villanueva, que quedó por gobernador, con que él pudo dar la vuelta. En Sicilia andaban tambien las cosas alteradas, porque Artal de Alagon, conde de Mistreta, por la mucha autoridad y poder que en aquella isla alcanzaba, queria á su voluntad casar á la reina y poner de su mano á quien él quisiese en el reino. Á este fin llamó de Lombardia á Juan Galeazo, que aún no era duque de Milan, pero él no pudo hacer este viaje ni acudir con presteza, porque las galeras de Aragon, los años pasados, en el puerto de Pisa le habian tomado su armada. Los señores de Sicilia llevaban muy mal que D. Artal quisiese mandar tanto, y que sólo él pudiese más que todos los demas juntos.

D. Guillen Ramon de Moncada (comunicado su intento con el rey de Aragon), de secreto entró en Catania, y apoderándose de la reina, la llevó á Augusta, que era una de las fuerzas de su estado, fuerte por su sitio, que está sobre la mar, por sus murallas y por la grande guarnicion que en ella puso de catalanes que el rey



le envió con el capitan Roger de Moncada. Don Artal, visto que con esto le burlaban sus trazas, acudió con furor y rabia, púsose sobre Augusta, y combatíala por tierra y por mar. Avino muy á propósito que Dalmao, á la vuelta de Grecia, aportó á Sicilia. Supo lo que pasaba, y con su armada forzó al enemigo á alzar el cerco; con tanto puso á la reina en sus galeras, tocó á Cerdeña, y finalmente llegó con ella á salvamento á las riberas de España. La reina casó adelante en Aragon, con que á cabo de años los reinos de Sicilia y Aragon se volvieron á juntar con nudo muy más fuerte y más duradero que ántes.

D. Carlos, hijo mayor del rey de Navarra, todavía le tenían arrestado en Francia: intercedió el rey de Castilla para que el frances le pusiese en libertad, el cual otorgó con ruegos tan justos; con esto aquel príncipe junto con el deudo (ca eran cuñados) quedó tan obligado y reconocido que por toda la vida, con muy buen talante, acudió á las cosas de Castilla. Llegó á Pamplona por principio del año que se contó de Cristo mil y trescientos y ochenta y tres. Regocijaron su venida todos los de aquel reino, como era razon. El rey su padre eso mismo con la edad se mostraba más cuerdo, y enmendaba con buenas obras las culpas de la vida pasada. En Pamplona y en otros lugares quedan memorias desta mudanza de vida, con que procuraba aplacar á Dios, y acerca de los hombres borrar la infamia y mala voz que corria de sus cosas por todas partes. Cargábanle por lo ménos que trató de dar hierbas al rey de Francia, su cuñado, á los duques de Borgoña y de Berri y al conde de Fox; si con verdad ó levantado (lo que más creo) no se puede averiguar: lo cierto es que aquellos rumores le hicieron grandemente y en todas partes odioso.

Las bodas del rey de Castilla con la infanta de Portugal se celebraron en el lugar señalado: el concurso de las dos naciones fué grande, las fiestas y regocijos al tanto, si bien el rey de Portugal no se pudo hallar, por causa de estar á la sazón doliente. El conde de Gijon, D. Alonso, conforme á sus mañas, volvía á revolver la feria en las Astúrias, mozo mal in-

clinado y bullicioso: envió el rey alguna gente que allanasen aquellos alborotos; y él dió la vuelta para Segovia á tener córtés á sus vasallos. Los bullicios de las Astúrias fácilmente se sosegaron, y el conde se redujo al deber. En las córtés ninguna cosa se estableció, que se sepa, de mayor momento, salvo que á imitacion de los valencianos, que en esto ganaron por la mano á los demas pueblos de España, se hizo una ley en que se ordenó trocassen la manera de contar los años que ántes usaban por las eras de César, en los años del nacimiento de Cristo, como hasta hoy se guarda.

Celebrábanse estas córtés cuando en Lisboa falleció el rey D. Fernando de Portugal de una larga dolencia que al fin le acabó en veinte de Octubre. Vivió cuarenta y tres años, diez meses y diez y ocho dias. Reinó diez y seis años, nueve meses y diez dias. Púdose contar entre los buenos príncipes por su condicion muy suave, su mansedumbre y elocuencia, si no se ponen los ojos en la infamia de su casa. En el gobierno se señaló más que en las armas por la larga paz de que gozó en su reinado. Su cuerpo enterraron en Santarén, en el monasterio de los Franciscos, junto al sepulcro de su madre la reina doña Costanza. Cerdeña no acababa de sosegar. Hugo Arborea, hijo de Mariano, llevaba adelante las pretensiones de su padre, y continuaba en la codicia y trazas de hacerse rey: mal incurable. Era de condicion intratable y fiera: por esto su misma gente se hermanó contra él, y le dieron la muerte, ejecutando en él los tormentos y crueldades de que él mismo contra otros usára, que fué justo juicio de Dios.

Con su muerte se pensó tendrían fin aquellas revueltas: por esto Brancaleon Doria, que en las guerras pasadas sirviera muy bien al rey, acudió á Aragon para dar traza á sosegar la isla. Echáronle empero mano á causa que su mujer, Leonor Arborea, dueña de pecho varonil, pretendia con las armas vengar la muerte de su hermano y recobrar el estado de su padre: sujetaba otrosí por toda aquella isla fortalezas y plazas, ya por fuerza, ya de voluntad. Llevaron á su marido Brancaleon con la guardia necesaria para sosegar á su mujer, y hacella que



viniese en lo que era razon: no puda alcanzar cosa alguna della, si bien usó de toda la diligencia que pudo; así él estuvo mucho tiempo arrestado en la ciudad de Caller, sin poder salir della; y el partido de Aragon iba de caida por estar el rey embarazado con otros cuidados que más le aquejaban, y no acudir con presteza á las necesidades de aquella guerra, como fuera conveniente.

Con la muerte del rey D. Fernando de Portugal, se recrecieron nuevas y muy sangrientas guerras entre Portugal y Castilla. La gente plebeya y aun la principal, por el odio que á Castilla tenía (como suele acontecer entre reinos comarcanos), no podia llevar que rey extraño los mandase. El deseo de libertad los encendia, bien que con poco concierto, pretendian que de su nacion fuese alguno nombrado por rey; los hombres, las mujeres, los niños, en secreto y en públicos corrillos, de ninguna otra cosa trataban. Los señores tuvieron junta en Lisboa sin se acabar de resolver en un negocio tan grave. El miedo hacia por el rey D. Juan de Castilla, el antojo los volvia contra él: dos malos consejeros y perjudiciales. Algunos principales de secreto por cartas le convidaban con la posesion de aquel reino, con intento de granjear la gracia del nuevo príncipe, más que por deseo del pró comun. Entre estos fué uno don Juan, el maestre de Avis de suso nombrado, todo con artificio y maña, por no tener aún granjeadas para sí las voluntades del pueblo. Las trazas de los que andaban de mala, y los deseos que con la presteza se debieran cortar, con la tardanza se hicieron fuertes y prevalecieron.

Gastábase el tiempo en Castilla en consultas y debates: así se les salió la buena ocasion de entre las manos para nunca más volver. Los pareceres eran diferentes, como suele acontecer: unos sentian que se debía esperar hasta tanto que, por comun acuerdo de los principales y del pueblo, el rey fuese llamado á recibir la corona; alegaban que al no se podia hacer á pena de ser perjuros, pues en los asientos próximos de la paz juraron que dejarian la gobernacion del reino á la reina viuda, hasta tanto que doña Beatriz tuviese algun hijo en edad

que pudiese gobernar á Portugal. Los de más sano consejo y más avisados, decian que en tanta alteracion del reino las armas eran las que habian de allanar, que de voluntad no harian cortesía los portugueses. Tomóse un acuerdo, medio que fué de ningun momento, ántes perjudicial, de ir, ni bien de paz, ni bien de guerra; esto es, que fuese el rey delante de paz y tras dél fuese el ejército para allanar los rebeldes y mal intencionados.

El obispo de la Guardia, que es en la raya de Portugal, estaba en servicio de la reina. Diósele el rey su padre para que con él comunicase todos sus secretos. Este prelado se ofreció de dar llana al rey su ciudad. Antes de acometer esta jornada era necesario atajar en Castilla los siniestros intentos de algunos. A D. Juan, hermano legítimo del rey difunto de Portugal, que se habia pasado á Castilla por miedo de la reina, como está dicho, puso el rey en el alcázar de Toledo, como en prision, no por otro crimen, sino porque su nobleza y derecho que podia pretender á aquel reino, hacian que dél se recatasen. Al conde de Gijon le pusieron en prisiones en el castillo de Montalvan, no léjos de Toledo, porque despues de perdonado tantas veces, se carteaba con los portugueses y trataba de rebelarse; confiscáronle otrosí todos sus bienes y estado. Encomendóse su guarda á D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, por cuyo orden estuvo mucho tiempo preso en el castillo de Almonacir, tres leguas de Toledo.

Asentadas todas estas cosas, el rey y la reina se fueron á Plasencia, y allí con prisa pasaron á Portugal. Los sacerdotes de la Guardia, como lo prometió el obispo, los salieron á recibir con cruces y capas de iglesia, en altas voces dándoles el parabien del nuevo reino, y rogando á Dios le gozasen por largos años. El alcaide de la fortaleza hizo resistencia, por no estar determinado en lo que debía hacer, hasta ver el suceso de aquellas alteraciones, y qué partido tomarian los demas. Antes de la venida del rey, Lisboa le juró por rey á persuasion de D. Enrique Manuel, conde de Sintra, tío que era del rey D. Fernando difunto. Vino tambien en ello doña Leonor, la reina viuda, por entender que



para reprimir las voluntades é intentos así de los grandes, como del pueblo, era menester mayor fuerza que la suya.

Deste principio comenzó el pueblo á alterarse y dividirse en bandos, de que resultaron muertes de muchos. El primero que mataron fué el conde de Andeyro, á quien en el mismo palacio real dió de puñaladas el maestre de Avis: la demasiada cabida que con la reina tenía, de que muchos sentian mal, le empeció y acarreo su perdicion. Nunca paran en poco los alborotos: el vulgo deste principio pasó tan adelante, que sin ningun término ni respeto dieron al tanto la muerte á D. Martin, obispo de Lisboa, en la misma torre de la Iglesia Mayor, donde se recogió para escapar de aquel furor; no dudaron de poner sus sacrilegas manos en aquel varon consagrado, no por otra culpa sino porque nació en Castilla, y parecia que no sentia bien de los alborotos que se movian en Portugal, y que favorecia las partes del rey D. Juan: entre gente furiosa el seso suele dañar, y entre los alevosos la lealtad. La reina doña Leonor, por recelo no le hiciesen algun desacato, con voluntad del maestre de Avis, se salió de la ciudad de Lisboa y se fué á Santarén.

En tan confusa tempestad y revueltas tan grandes ningun lugar se daba al consejo ni á la mesura; todo lo regia la saña y la locura, de que el pueblo estaba tomado como de vino y como de bestia en celo. El maestre de Avis tenía partes aventajadas: era agraciado, bien apuesto, cortesano, comedido, liberal, y por el mismo caso bien quisto generalmente; finalmente, sus cualidades tales, que suplian la falta de no ser legítimo. Por el contrario, el rey D. Juan, bien que manso y apacible, si no le alteraba alguna injuria; en el hablar, que es con lo que se granjean las voluntades, y por esto lo hizo tan fácil la naturaleza, era corto en demasia; por esta causa, aunque con su presencia luégo que llegó á Portugal se ganaron algunos, los más se extrañaron, como gente que es la portuguesa de su natural apacible y cortes, cumplida y acostumbrada á ser tratados con afabilidad de sus reyes.

De la Guardia, al principio del año de mil trescientos ochenta y cuatro pasó el rey á San-

taren por visitar á la reina su suegra, y á su instancia, y para tomar con ella acuerdo de lo que se debía hacer, y cómo se podrian encaminar aquellas pretensiones. Acompañábanle quinientos de á caballo, bastante número para entrar de paz, mas para sosegar los alborotados muy pequeño. El condestable D. Alonso de Aragon, el arzobispo de Toledo y Pero Gonzalez de Mendoza, nombrados por gobernadores del reino de Toledo en ausencia del rey, no se descuidaban en hacer gente por todas partes y encaminar á Portugal nuevas compañías de soldados. La mayor dificultad para la expedicion de todo era la falta de dinero. Con las guerras y gastos pasados el patrimonio real estaba consumido, y todo el reino cansado de imposiciones. Acordaron aprovecharse en aquel aprieto de las ofrendas muy ricas y preseas del famoso templo de Guadalupe, santuario muy devoto. Tomaron hasta en cantidad de cuatro mil marcos de plata; ayuda más de mala sonada que grande, y principio del cual el pueblo pronosticaba que la empresa sería desgraciada, y que la Virgen tomara enmienda de los que despojaban su templo de aquel desacato y osadia.

D. Carlos, infante de Navarra, por no faltar al deudo y amistad que tenía con el rey de Castilla, y no mostrarse ingrato á los beneficios que dél tenía recibidos, se aprestaba para acudirle con buen golpe de su gente. El de Aragon, por su edad y aquejalle otros cuidados y guerras á que le convenia acudir, acordó estarse á la mira, en especial, que comunmente los príncipes llevan mal que ninguno de sus vecinos se acreciente mucho, ántes pretenden siempre balanzar las potencias. En Portugal se hicieron grandes consultas. Acordaron, finalmente, que la reina doña Leonor renunciase en el rey, su yerno, la gobernacion de aquel reino. Lo que pareció sería medio para allanarlo todo, fué causa de mayor alboroto. La nobleza y el pueblo aborrecian á par de muerte sujetarse con esto á Castilla, por el odio que entre sí estas dos naciones tienen. Lamentábanse de la reina, acusábanla el juramento que les tenía hecho y la disposicion y testamento del rey, su marido, en que dejó proveido lo que se debía hacer en esto.



El sentimiento era general, bien que algunos de los principales, como tenían que perder, no quisieran se revolviera la feria, y se mostraban de parte del rey D. Juan. Estos eran D. Enrique Manuel, conde de Sintra, Juan Tejada, que fuera canceller mayor de aquel reino, D. Pedro Pereira, prior de San Juan en Portugal, por otro nombre de Ocrato, que adelante en Castilla fué maestre de Calatrava, y con él dos hermanos suyos, Diego y Fernando, sin otros algunos de los más granados. Demas destes muchos pueblos seguian esta voz, en especial la comarca toda entre Duero y Miño, por la buena diligencia de Lope de Leira, que aunque nacido en Galicia, tenía el gobierno de aquella tierra. Alonso Pimentel entregó á Berganza, en cuya tenencia estaba: lo mismo hicieron Juan Portocarrero y Alonso de Silva de otras fuerzas que á su cargo tenían.

Las pretensiones del rey de Castilla en la manera dicha procedian en Portugal hasta aquí sin daño notable. Tenian esperanza que todo el reino de conformidad haria lo que pedia la razon y el tiempo, que tiene gran fuerza; pues constaba que si bien todos se conformaban en un parecer, no eran bastantes para hacer rostro al poder de Castilla, tanto ménos estando divididos en bandos y desconformes, camino para más presto perderse: esperanza que muy presto se fué en flor, y finalmente prevaleció la parte contraria y los descontentos pasaron siempre adelante, en que se mostró claramente de cuánto mayor eficacia es el valor que las fuerzas, la maña que todo lo al. Los portugueses llevaban mal ser gobernados por extraños, y mucho más por los castellanos, por la competencia que entre si tienen, como acontece entre los reinos comarcanos. Extrañaban mucho que les quebrantasen las capitulaciones con que últimamente asentaron la paz. Quereñábanse que el infante D. Juan, en quien tenían puestos los ojos para remedio de sus daños, le tuviesen arrestado en Toledo, sin alguna culpa suya, sólo porque no les acudiese: decian que por tener poca razon y justicia se valian de la violencia y engaño.

Lo que sólo les restaba, todos comunmente volvieron los ojos y pensamiento al maestre de

Avis, que era persona sagaz y de negocios, y que con su buena manera y afabilidad sabia granjear las voluntades y prendallas. Conoció él la ocasion que le presentaba la gran aficion del pueblo: ofrecióse á ponerse á cualquier riesgo y trabajo por el bien comun y pró de la patria. Todavía los alborotados por entónces no pasaron más adelante de nombrar por su gobernador al infante D. Juan, que como queda dicho le tenían preso en Toledo. Para más al-terar la gente sacaron en los estandartes su retrato aherrojado y puesto en cadenas: el cuidado de acaudillar la gente se encargó al maestre de Avis. Decian que doña Leonor no era reina, ni su matrimonio con el rey era válido, por ser vivo su marido, á quien el rey la quitó por su hermosura sin otras ventajas de linaje y de valor, sólo para que fuese un tizon con que todo el reino se abrasase: que por el mismo caso su hija doña Beatriz, como bastarda, era incapaz de la sucesion y de la corona: que si la juraron, fué por condescender con la voluntad del rey su padre, á que no se podia contrastar: finalmente que su testamento quanto á este punto, no se debía guardar.

Todo esto pasaba en la ciudad de Lisboa, que estaba ya declarada contra Castilla: arri- máronse muchos señores y fidalgos, unos al descubierto, otros de callada: el que más se señalaba, era Nuño Álvarez Pereyra, hijo del prior de Ocrato, Alvar Gonzalez Pereyra, y nieto de D. Gonzalo Pereyra, arzobispo de Braza, si bien sus hermanos seguian el partido de Castilla. Éste era caballero, mozo brioso, de grande ingenio, acertado consejo, y muy diestro y osado en las armas: fundador adelante despues que alcanzaron la victoria de la casa de Berganza, la más poderosa de Portugal. Importa mucho la reputacion en la guerra: acordaron los levantados que el Nuño Pereyra con golpe de gente corriese las tierras de Castilla: hizose asi: acudió gente del rey D. Juan por su orden: vinieron á las manos cerca de Badajoz, en que los castellanos quedaron vencidos, muerto el maestre de Alcántara, D. Diego Gomez Barroso: huyeron D. Juan de Guzman, conde de Niebla, y el almirante Tobar: el daño fué grande,



pero muy mayor la mengua y el pronóstico de los males que deste principio se continuaron.

D. Gonzalo, hermano de la reina viuda, estaba en Coimbra con guarnicion de soldados. Acordó el rey D. Juan ir allá acompañado de las reinas madre é hija, confiado que le abrian luégo las puertas: salió vana esta esperanza, ca el gobernador quiso más volver por su nacion, que tener respeto al deudo. Desta burla quedó el rey muy sentido, tanto más, que D. Pedro su primo, conde de Trastamara é hijo del maestre D. Fadrique, se retiró dél y se acogió á aquella ciudad. Sospechóse que en esta huida tuvo parte la reina doña Leonor, y que el conde se comunicó con ella, que cansada de su yerno se inclinaba á las cosas de Portugal. Por esto acordó envialla á Castilla con doble acompañamiento para que estuviese en Tordesillas: destierro y prision honrada en que murió adelante, y castigo del cielo en lo mismo que hizo padecer á los infantes sus cuñados, y á otros. Yace sepultada en Valladolid, en el claustro de la Merced.

Hecho esto, se trató en consejo de capitanes sobre poner sitio á Lisboa, ciudad la más rica de Portugal, por ser la cabeza de aquel reino, y de presente haberse recogido á ella lo mejor y más granado, con sus haberes y pre-seas. Los pareceres no se conformaban. Algunos decian sería más acertado dividir el ejército, que era grande en número de soldados, en muchas partes, acometer y allanar las demas fuerzas y plazas de ménos importancia: que allanado lo demas, Lisboa sería forzada á rendirse; donde no, la podrian con mayor fuerza cercar y combatir. Pero prevaleció el consejo de los que sentian se debía en primer lugar acudir á aquella ciudad como á cabeza del reino y raíz de toda la guerra, que ganada, no hallarian resistencia en lo restante del reino. Acudieron, pues, al cerco. De camino talaron los campos, quemaron las aldeas, prendieron hombres y ganados, con que gran número de pueblos se rindieron y entregaron. Llegados á la ciudad, asentaron sus reales y los barrearon en aquella parte do al presente está edificado el monasterio de los Santos. Para más apretar el cerco por tierra y por mar, armaron en Se-

villa trece galeras y doce naves, sin otros bajeles de menor consideracion.

Entró esta armada por la boca del rio Tajo y echó anclas enfrente de la ciudad con intento de estorbar que no entrase por aquella parte alguna provision ni socorro á los cercados. La muchedumbre del pueblo era grande, por ser aquella ciudad de suyo muy populosa, y por los muchos que se recogieran á ella de todas partes, por donde muy presto se comenzó á sentir la falta de las vituallas y mantenimientos, que suelen encarecerse por la necesidad presente, y mucho más por el miedo que cada uno tiene no le falte para adelante. Los portugueses, para acudir á esta necesidad, salieron con diez y seis galeras y ocho naves que tenia aprestadas en la ciudad de Portu. Ayudóles el viento que les refrescó, y la creciente del mar muy favorable, con que por medio de los enemigos, aunque con pérdida de tres naos, se pusieron en parte que proveyeron bastante-mente la falta que de bastimentos padecian los cercados; principio con que las cosas de todo punto se trocaron, mayormente que el otoño fué muy enfermo, y muchos adolecieron de los que alojaban en los reales, por la destemplanza del cielo y no estar los de Castilla acostumbrados á aquellos aires.

Por esta causa pareció al rey D. Juan mover tratos de paz: tuvieron habla sobre el caso Pero Fernandez de Velasco por la una parte, y por la otra el maestre de Avis, que acaudillaba los alborotados. Dijéronse muchas razones, los daños que podian resultar de la guerra, los bienes que se podian esperar de la concordia. El maestre, con el gusto que tenia de mandar de presente, y la esperanza que se le representaba de cerca deser rey, respondió finalmente á la demanda que no vendria en ningun asiento de paz, si á él mismo no le dejasen por gobernador del reino, hasta tanto que doña Beatriz tuviese hijo de edad bastante para poderse encargar de aquel gobierno. Que esto pedia el pueblo y pretendian los fidalgos; que si no otorgaban con ellos, él no podia faltar á las obligaciones que tenia á los suyos y á su patria. Las dolencias iban adelante, y á manera de peste de cada dia morian, no solo soldados